

Topografía del dolor y la esperanza

La situación colombiana

Llegan ustedes a un país en donde la recesión económica es evidente, tendremos crecimiento nulo en 1999. Quiere decir que en cifras globales el ingreso per capita o la capacidad de adquirir bienes y servicios de cada colombiano es inferior este año al año anterior. Esto obviamente es peor para los que sólo viven de su trabajo o esperan vivir de su trabajo. El desempleo se acerca al 20%. Más de dos millones de personas están en la calle. Un millón y medio de estos desocupados viven en las nueve ciudades más grandes del país. El 60% de las plantas industriales está sin utilizar, o sea, que más de la mitad de la capacidad instalada del país está ociosa. En el campo se han dejado de sembrar un millón de hectáreas de productos transitorios (maíz, sorgo, arroz, algodón). La industria de la construcción está parada. La situación de la banca es crítica, básicamente porque las carteras morosas arrasaron las utilidades y no permitieron pagar los costos de intermediación. Por eso el grado de exposición al riesgo de los bancos y entidades finan-

cieras ha crecido enormemente y bancos y fiduciarias han quebrado. El caso del Fondo para la Educación Superior (Fondo Fes) es una muestra de esto. Su liquidación significa pérdidas serias en fondos sociales y comunidades religiosas.

Burbujas de ilusión

Colombia venía viviendo dentro de burbujas de ilusión muy inciertas: la corrupción generalizada puso al país entre los tres más corruptos del mundo durante el gobierno anterior, pero que venía de atrás, de otros gobiernos liberales y conservadores, corrupción que se evidencia en el gasto público y que significa hoy que los dineros para infraestructura se desviaron y el país se encuentra sin carreteras, sin ferrocarriles, sin ríos navegables, sin puertos y sin un futuro más claro en energía, todos elementos centrales para tener una economía competitiva en la globalización. Colombia está atrasada una década con respecto a Chile, Venezuela, Argentina y México. La corrupción en las Fuerzas Armadas convirtió en piscinas y apartamentos de generales los recursos para inteligencia y la guerrilla le ha ganado al Ejército antes que nada en información en los territorios de alto conflicto. La economía de la coca fue la otra ilusión, dio aliento al Valle del Cauca, a la zona cafetera, a Medellín y a la costa. Esta economía podía significar directamente el 10% del PIB e indirectamente el 20%, la entrada de capitales golondrina, y con ellos el juego de los bancos en lo que se ha llamado el casino mundial; la apertura económica total y precipitada sin preparar al productor nacional para la competencia; más el auge del consumismo con la importación de todo tipo de cachivaches que desestimula la producción nacional y que se evidencia en los centros comerciales de las ciudades grandes e intermedias. Además, el contrabando generalizado, más una cuenta en rojo en la balanza comercial que poco a poco va arrasando con la capacidad de endeudamiento del país. Más el populismo de los sindicatos y el estancamiento ideológico de la izquierda empeñados en defender los intereses de los sectores sindicalizados y no los intereses de toda la clase trabajadora colombiana desempleada o subempleada.

Signos (amenazados) de recuperación

Actualmente hay elementos para esperar una recuperación pero ésta no se sentirá antes del segundo semestre del año entrante. A partir de ese momento se avanzará muy lentamente y con riesgos. Los dos riesgos mayores son la guerra que puede desesperar a la gente y llevarla a una confrontación total donde la economía se destruye; y las medidas de ajuste del Fondo Monetario Internacional que pueden crear una protesta ciudadana capaz de parar al país. Si estos dos riesgos se acrecientan podemos vivir un escenario como el de Nicaragua, de diez años de disminución de la capacidad de compra de los habitantes y de estancamiento de la competitividad que devuelva a Colombia a la situación del ingreso per cápita de principios de los años 80.

El primer signo de que estamos tocando fondo para empezar a subir lentamente es el superávit de la balanza comercial, por primera vez en 50 años es más lo que exportamos que lo que importamos. Esto significa que

ya no se están buscando dólares para traer cachivaches, pero también significa que no estamos trayendo maquinaria y otras cosas necesarias para elevar la producción porque aquí no hay a quien venderle más productos. El segundo signo es que el Gobierno ha entrado en austeridad con el gasto público, el presupuesto para el año 2000 presentado al Congreso es inferior en 5 billones al de 1999. Quiere decir que se van recortar los gastos de funcionamiento, reduciendo nómina, y recortando el alza de salarios por debajo del 10%. El tercer signo es el esfuerzo que se está haciendo contra la corrupción a pesar de los costos políticos. El cuarto signo es la búsqueda de una política de inversión en el campo, aunque esto aún no se ve suficientemente en hechos. El quinto signo es que se han ido los capitales especulativos y el Banco de la República y la reorganización del sistema financiero están inyectando liquidez (billetes) a la economía. Lo paradójico, y aquí se muestra como la economía depende mucho más de las expectativas de la gente que del manejo de las variables macroeconómicas, es que la gente toma ese dinero que está disponible en los bancos y en lugar de invertir con la plata sigue buscando dólares, ya no para traer cosas del extranjero sino para guardar el dinero en CIDs aunque no paguen mucho, o para sacar capital de Colombia, o para especular, pues compran los dólares ahora y los venden en dos meses ganando el diez por ciento y más. Estamos en una situación de trampa de liquidez, (en la que la gente prefiere tener los billetes a la mano, líquidos para cualquier eventualidad, que dedicarlos a producir, porque teme que nadie le compre lo que produzca o que alguien le puede destruir lo que haga).

Se sabe que la razón de la trampa de liquidez es la desconfianza. La gente no cree o no está segura con la economía y se abstiene de invertir. Prefiere tener el dinero debajo del colchón por seguridad.

La desconfianza interna se produce substancialmente por la guerra, se acrecienta por la inestabilidad social y la falta de gobernabilidad.

A nivel internacional la desconfianza se produce porque Colombia es parte de una economía latinoamericana vulnerada a fondo por el neoliberalismo de la apertura indiscriminada y los capitales especulativos internacionales, pero sobre todo por un elemento que es único en el Continente y que agrava la situación colombiana por encima de todas las demás: la salida de la guerra no está clara y hay temor en los países vecinos, sobre todo en Ecuador y Venezuela, de que la inestabilidad colombiana se le pase por la frontera; y porque Colombia sigue aumentando la producción de hoja de coca y la venta de cocaína.

La sensibilidad de la economía a la guerra y a la paz es cada vez más alta. El ataque a Gutiérrez, cerca de Bogotá, a comienzos de este mes de julio, elevó inmediatamente el precio del dólar. Eso significa que en un país como Colombia, muy rico pero con un sistema de valores relativamente pequeño, la seguridad de la economía para la inversión depende inmediatamente de la paz. Si la guerra o la incertidumbre de la guerra sube, la gente busca dólares para abrir cuentas en el extranjero o vende sus bienes raíces, casas y fincas, para comprar dólares e irse con sus familias. Entonces los dólares escasean, el precio del dólar sube, se pega contra la banda

cambiaría, el Banco de la República tiene que salir a vender dólares para que no se salgan por arriba del margen superior de la banda. En la semana de Gutiérrez tuvo que vender 180 millones de las reservas nacionales de divisas para atajar el precio del dólar. Cuando la guerra baja y la paz se hace clara, la gente trae los dólares, busca pesos, y los pesos se suben y el dólar se baja.

La guerra tiene dos efectos inmediatos sobre la economía. Su costo se acerca al 10% del PIB. Y su capacidad de desmotivar la inversión es inmensa. Un secuestro de un empresario puede costar doscientos millones de pesos, 120.000 dólares, pero aleja inmediatamente una inversión de cien mil o doscientos mil millones de pesos. Al dispararse el riesgo el empresario exige que se disparen las utilidades para hacer racional su inversión. Pero a nosotros se nos dispara el riesgo y se nos bajan las utilidades. Esto ahuyenta al capital.

La agenda con el FMI es costosa y puede generar que el costo político del ajuste sea más grande que el beneficio económico del mismo, puede ser tan alto el costo social que se destruya la gobernabilidad. Sencillamente porque el FMI nunca se preocupa del aspecto político, nunca tiene en cuenta que para hacer una agenda de ajuste con el FMI un presidente necesita poseer enorme liderazgo sobre el pueblo y capacidad de convicción para que todos o la gran mayoría lo sigan en un apretón del cinturón. Es posible que el momento de liderazgo alto con que arranca toda administración nueva ya haya pasado para Pastrana y esto signifique jugarse la propia legitimidad frente a los sectores populares, la clase media y el sindicalismo. La agenda FMI es:

- Apretón de salarios estatales con aumento inferior al 10% en el año 2000.
- Presupuesto del año 2000 inferior al de 1999. Este año fue de 45 billones, el año entrante sería de 40.3 billones. Freno a la nómina pública. Freno a la inversión pública y por eso capacidad de atraer inversión privada en carreteras e infraestructura para que el país no se pare.
- Freno al gasto de funcionamiento en municipios y departamentos.
- Ampliación de la base tributaria, es decir que muchos otros paguen impuestos y que muchos menos puedan evadir la tributación.
- Eliminación de retroactividad de las cesantías en sector público.
- Privatizaciones.

Un punto importante que debe considerarse es la situación de la inflación y de la devaluación. La inflación al año, julio-julio, esta por debajo del 9%. Es la primera vez en la segunda mitad del siglo que estamos en una inflación de un dígito.

La devaluación está por encima del 30% en un año.

En el mundo político hay una crisis general de los partidos, crisis que continúa y se agrava. Todavía no aparecen alternativas a esta realidad bipartidista. Las alternativas de izquierda fueron destruidas violentamente por el establecimiento bipartidista. Y las expectativas en torno a candidaturas diferentes como la de Nohemí Sanín quedaron a la espera de otras contiendas electorales.

En los grupos de la sociedad civil crece un espíritu más participativo que en otros tiempos, hay más de cinco mil organizaciones no gubernamentales y la elección popular de alcaldes ha permitido la entrada de líderes cívicos. Todo el proceso de conformación de una sociedad civil heterogénea y activa, con un serio sentido de lo público, que dé lugar a partidos políticos nuevos, está todavía en gérmenes

Guerra y negociación

En este contexto cabe considerar a fondo la situación de la guerra.

Esta se acrecienta. Puede decirse que las FARC no quieren la paz. O, mejor dicho, la quieren pero con una concepción muy distinta a como la entiende el establecimiento colombiano. La paz de las FARC es una paz dentro de dos lustros. Más allá de cambios estructurales muy profundos que exigirán las FARC antes de parar la confrontación. Por ahora seguirán en la mesa de negociación que es para lograr allí los cambios y en la guerra para presionar el que los cambios sean posibles.

El punto a discernir es qué es mejor una paz pronta que pare la guerra y nos ponga en un proceso estructural de cambios después de la guerra, o una paz después de cambios estructurales de muchos muertos, dentro de diez años de guerra.

Más estrictamente, el Gobierno va detrás de una mesa de negociación que logre la paz durante este período presidencial, una mesa donde, después de un tiempo razonable, se llegue a un acuerdo para detener la guerra y se establece en la mesa el marco general y la agenda de un proceso que llegaría a los cambios estructurales que garanticen la paz a través de la utilización de las instituciones existentes: el Congreso (seguramente reformado), una nueva Constitución y plebiscitos ciudadanos. Entendiendo que este juego institucional se hace después del armisticio.

Por su parte, las FARC van detrás de un proceso de largo plazo, en medio de una guerra que podría durar diez años o más. Un proceso en que la negociación y la guerra sólo terminarían cuando el establecimiento haga los cambios estructurales que garanticen que Colombia se transforma en un país socialista o se pone en un camino irreversible hacia el socialismo con la garantía de partidos políticos distintos del bipartidismo.

Es posible que el ELN se coloque en una situación intermedia entre lo que entienden por proceso de paz el Gobierno y las FARC, dándole más importancia a la sociedad civil que las FARC y dándole más importancia al mantenimiento de la guerra durante la negociación que el Gobierno, y por la vía de la convención nacional y de una nueva constituyente.

Puede preverse que esta sociedad colombiana no aguante ni los ritmos ni los tiempos de la guerrilla. Es una sociedad fatigada y desesperada, sobre todo por el chantaje, la extorsión y el secuestro, que prefiere una intervención militar ya y que esto se acabe de una vez; y no un proceso largo de años de negociación estructural en medio de la guerra. Más del 66% de los encuestados por RCN, el 19 de julio de 1999, pidieron una intervención militar externa ya. Las marchas ciudadanas contra

el secuestro y por la paz muestran el espíritu creciente de la sociedad civil y la impaciencia de la gente.

Esta intervención militar no ganaría la guerra sino que forzaría a las FARC a ponerse en el proceso de paz dentro de la concepción que impulsa el Gobierno. Y en condiciones de extrema precariedad militar.

En este horizonte, de forzar a la guerrilla, entra en juego el paramilitarismo y las autodefensas que van a jugar un papel central en el resultado final de la guerra. En diversos lugares de la sociedad colombiana la sensación de que el Gobierno es débil y poco claro, ha ido generando apoyo a los paramilitares. Mientras las FARC necesitaron 20 años para ser un ejército bien dotado, las autodefensas en dos años han llegado a ser seis mil hombres con el mejor armamento que tenga grupo alguno en Colombia. Hay deslizamiento hacia los grupos de Castaño, no sólo de la sociedad civil, sino incluso de miembros del Ejército. Así se llega a una situación en la que los dos bandos están acumulando fuerza para una guerra civil abierta.

Creemos que la verdadera alternativa a la opción de una intervención militar contundente es una fuerza moral capaz de persuadir a la guerrilla y a los paramilitares que paren la guerra, y capaz de convencer al establecimiento y a los colombianos que es necesario hacer los cambios estructurales que terminen con las dinámicas perversas de injusticia, corrupción y violencia que llevaron a la guerra. Esta tiene que ser una fuerza moral creíble para la guerrilla, que garantice el que terminada la guerra los cambios se lleven hasta el final.

Parte de lo que esta fuerza moral tiene que lograr es la conciencia de que el país se construye entre todos y que en los cambios deben participar todos sin excepción.

De hecho el debilitamiento progresivo de la gobernabilidad en Colombia precipita al país en la guerra.

El proceso de paz del Gobierno es visto por los analistas como excluyente, cerrado sobre temas estrechos con las FARC y dejando de lado muchas otras personas que podrían ayudar a una visión de conjunto.

Desde Europa, se está levantando pesimismo sobre Colombia. Se tiene la impresión que la paz de Pastrana no es viable y que la situación económica de Colombia es muy crítica. Se rechaza abiertamente el secuestro practicado por la guerrilla y se pide a los militares colombianos que corten toda relación con los paramilitares que se consideran como criminales.

Desde Estados Unidos. Si bien hay un movimiento interno de la sociedad civil que se opone a la intervención norteamericana y apoya la defensa de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario, esto se da al lado de una posición mayoritaria en el Congreso y en el Departamento de Estado que quieren una intervención a fondo, que solucione de una vez el problema del narcotráfico y el problema de la guerrilla. Se habla de una donación de un billón de dólares de ayuda militar a Colombia en el año fiscal que empieza para implementar está política.

Aquí están ligeramente pintadas las coordenadas de la topografía del dolor y la esperanza en este país, que hoy los acoge con sincera alegría y entiende su presencia como un gesto de solidaridad con sus anhelos.